

La Vuelta de la Olla

Las páginas antológicas son difíciles en su elección. No obstante buscamos, junto a su importancia, una cierta cronología.

En la página de hoy, con José María Valverde, gran esteta, poeta a la busca

Una sección coordinada por Miguel Serrano Gutiérrez

de Dios, Félix Grande, expresionista de lo circundante, y con Salgueiro, poeta existencial e intimista, queremos resaltar tres auténticos valores extremeño de la poesía grande a escala nacional.

Primer Aniversario

José María Valverde. Valencia de Alcántara (Cáceres). Premio Nacional de Poesía «José Antonio» y otros importantes. Principales poemarios: «Hombre de Dios», «La espera», «Versos del domingo», «Ser de palabra».

No sé engazar las cuentas del collar de mi madre, dispersas ya, sus dichos, sus proverbios, que fueron ocurrencias graciosas hace mucho, y se cuajaron en ritual consabido, en la liturgia familiar, día a día, sin un cambio, con su acento andaluz de cuando niña. Resuena aún: «Mientras va y viene el palo descansa el cuerpo» — siempre entre las penas, algún curioso adverbio, «ahora después», un gesto, «con ayuda de un vecino...» y el llamarnos con nombres retumbantes por broma, «Celedonio», «Filomeno»... Yo le heredé, de niño, su lenguaje entero, como el aire que respiro: quedan fuera esas frases no disueltas, tuyas sólo y no más, sus reliquias, que se me van, y se hunden en silencio. (De «Ser de palabra»)

Las Piedras

Félix Grande. Mérida (Badajoz). Premio Adonais, 1963, Guipúzcoa, 1965, Casa de las Américas, 1967, entre otros. Principales poemarios: «Las piedras», «Música amenazada», «Blanco Spirituales».

Cantemos una especie de salmo dolorido, entonemos las gracias con una voz muy triste, seamos como el canario, que picotea su alpiste con desgana, en la jaula donde no cabe un nido. Seamos como el canario que gorjea, y hace oído

a ver si le contestan, pues ya cree que no existe, y picotea un granito de vida y luego insiste otra vez, y hace oído, siempre está haciendo oído. Quien más quien menos sufre su incomunicación, quien más quien mucho más, está preso y sin nido, quien muchísimo más, casi ni alpiste tiene. Cantemos una especie de salmo a la creación con una gran tristeza, y hagamos luego oído para escuchar el eco mientras viene, o no viene. (De «Las Piedras»)

Y ahora una casa nuestra

Francisco Salgueiro. Cáceres. Principales poemarios: «Sólo con mis palabras», «Regreso a la humildad», «Los pulsos», «A golpe de corazón».

Y ahora una casa nuestra, Levantemos los ágiles andamios, la piedra reidora. Una casa en olor de bondad, cortinas que sonríen y cuadros transparentes donde tal vez un ciervo de sombra y una nube se embriagan con espigas. Mira el lento tejado, cómo ascienden sus alas al resplandor de nuestros ojos. Aquí el balcón, el aire donde el hijo desnudo, ha de asomarse para unir las acacias en su pecho, la ventana más niña, la puerta de bosques muy lejanos jubilosa, la alcoba, nuestra cálida hondonada, creada con abrazos, con silencio de amor. Es la tarde del alma. Tú callas mientras hablo. Qué poco hemos pedido al Dios de cada día: sólo un techo tranquilo, un puñado de sol, como un vaso de dalias para la sed sin nombre. Y después, nuestra muerte, ese claro vivir. (De «Sólo con mis palabras»)

A punto de perderse

LA CASA-MUSEO DE GARGANTA LA OLLA

Amanece en La Vera.

Violeta y naranja, se despierta el monstruo (o, ¿la Bella durmiente?) de Gredos. Algo mágico — casi mágnetico — nos invita a viajar hacia el norte, hacia la Sierra de Tormantos.

Desde Jaraíz, tomamos la «carretera de la Vera», para torcer a la izquierda en la primera encrucijada, camino de Garganta la Olla («... siete leguas de Plasencia»).

GARGANTA

A Garganta le ocurre lo que a Pasarón de la Vera; están como agazapados en un hoyo, y el sol juega en sus tejados cuando ya en otros pueblos está pintando zócalos a las paredes...

Apenas entrado en el caserío, te recibe una ermita, anunciándote que aquí lo religioso tiene (o tuvo) su gran importancia. En efecto; bajas por la calle principal y vas viendo a derecha e izquierda cruces e inscripciones religiosas en los dinteles de las puertas: se nota que la Inquisición anduvo por estos lares y dejó huella. Antes de llegar a la plaza del Ayuntamiento, has dejado a la derecha la Casa de la Muñeca, mandada construir por Carlos I (y V) para «recreo y holganza» del séquito que le acompañaba en su retiro de Yuste. La Plaza Mayor, decimos: centrada por redondo pilón, suelo de piedra, bella; de ahí parten, hacia los cuatro puntos de la rosa de los vientos, las calles grandes y chicas que habrás de pasear con deleite. La calle de las Gradas, la calle Llana, el Barrio de la Huerta, Casa del Conde Azevedo, Casa de Postas, la casa de la Peña... y también la iglesia parroquial, del siglo XV, con desafiante y monumental torre herreriana.

Pero el objeto de estas líneas, hoy, no es describir Garganta, que tiempo habrá — y ganas no faltan — de hacerlo en otra ocasión. Dejas el paseo (los mil paseos que podrías dar por las garganteñas calles) y,



tomas la «del Toril»; en el número 8 está la Casa-Museo de Don Antonio; a cuál más interesante: la casa por ser parte de la historia; Don Antonio, por hacerla...

DON ANTONIO

Don Antonio Gómez Mateos es una de esas personas ante las que hay que descubrirse. Autodidacta,

hijo de maestra de aquellas cuando se decía «pasas más hambre que un maestro de escuela», de cuando ganaban «825 pesetas al año», hubo de estudiar y aprender por sí mismo todo lo que se ofrecía a su mente ávida de conocer. «La vida es la más grande Universidad, que aunque no da títulos, enseña a todo el que sabe aprovechar el tiempo...» —dice Don Antonio.

Y él bien que lo ha aprovechado.

AGENDA CULTURAL

Tuvo lugar en Cáceres el ingreso del escultor extremeño JUAN DE AVALOS en la Real Academia de Extremadura de las Letras y de las Artes como miembro de número de la misma.

El acto de toma de posesión se celebró en el templo del ex-convento de San Francisco, sede de la Institución Cultural «El Brocense», de la Diputación de Cáceres, y asistiendo el mismo todos los académicos y numerario de la R. A. de Extre-



madura. Concluidas las intervenciones, el marqués DE SIETEIGLESIAS, que presidía la sesión, impuso al nuevo académico las insignias de su cargo. Posteriormente